

de las iluminaciones de Américo Castro le llevará a afirmaciones discutibles y perfectibles, pero lo que pretendo subrayar es el esencial interés de su análisis «literario» para la comprensión de nuestra historia. En sus páginas historia y literatura se conciertan como miembros de un solo organismo fisiológico, como separadas se transforman en piezas anatómicas.

Aunque, como es sabido, Cervantes no menciona a Mateo Alemán, donde se esperaría hallar su nombre, me parece un acierto de Castro el insistir en el posible alcance del *Guzmán de Alfarache* sobre el *Quijote*. Incluso creo que la confrontación dará aún más de sí. Pues uno de los más hondos dinamismos de una obra es su pretensión de anular a otras, y de sustituirlas en la atención pública, y de ello es un síntoma, precisamente, el que no se las aluda, o se las rebaje al hacerlo. Pero para entender esta importante, aunque tácita dialéctica de las vidas humanas, hay que buscarla, más allá de las meras y abstractas significaciones, en el invisible tejido formado por la colisión entre las internas pretensiones de las resoluciones humanas. Véase un ejemplo negativo: Menéndez y Pelayo, en su antes mencionado discurso, afirma que Cervantes es deudor de Luciano (pp. 13 y ss.) y de Boccaccio —«Ningún prosista antiguo ni moderno ha influido tanto en el estilo de Cervantes como Boccaccio», escribe, p. 21—, por razones de coincidencias meramente formales; en cambio, considera al de Cervantes divergente del «tan crudo y desgarrado, tan hondamente amargo [estilo] del tétrico y pesimista Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, pero tan diverso de Cervantes en fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera» (p. 32). Ahora bien, las vidas de uno y otro son enteramente paralelas, en el tiempo y en los desafortunados empeños, y el *Guzmán* fue la obra novelesca española más famosa en Europa hasta que salió el *Quijote*, y, sin embargo, Menéndez y Pelayo asegura que no «parecen contemporáneos», es decir, que para él la contemporaneidad se mostraría solamente en cotejables semejanzas literarias. Pero una visión menos idealista nos permite hoy advertir que la «diversidad» pertenece a la unidad de la «generación histórica» (Cervantes y Mateo Alemán son estrictamente coetáneos), y que la oposición entre sus miembros es propia del dinamismo interno de una generación, cuya unidad procede (como es obvio aunque bastantes no logran entenderlo) no de la semejanza entre las actuaciones de los individuos, sino del ser éstas reacción—desde una edad vital homogénea— a unas mismas circunstancias: frente a las cuales cabía la reacción del *Guzmán* o la a ella quizá deliberadamente antagónica del *Quijote*.

German Bleiberg ha publicado un estudio «Mateo Alemán y los

galeotes» (en la *Revista de Occidente*, número 39, junio 1966), que contiene notables sugerencias y noticias sobre Alemán y su entorno biográfico. Y anuncia la publicación íntegra de la «Información secreta» practicada en las minas de Almadén por Mateo Alemán como juez visitador, de la que en su estudio adelanta extractos. Ese texto será un documento de máximo interés histórico como testimonio del tiempo en que Alemán y Cervantes alentaban. Pero importa subrayar que nunca la cruda experiencia es lo decisivo, y tiene entera razón Amado Alonso cuando, refiriéndose precisamente a ambos escritores, escribe que: «Sin experiencias de la vida, desde luego, no hay obra literaria valiosa; pero una experiencia no es sin más el hecho exterior sobrevenido, sino el encuentro del hecho exterior con el espíritu; y en ese encuentro el espíritu puede ser como la piedra filosofal que transmuta la materia allegada en otra inesperada sustancia» (en «Cervantes», incluido en *Materia y forma en poesía*, Madrid, 1965, p. 154). Mas, sin embargo, esta disociación entre la experiencia y el espíritu, aunque oportuna para enfrentarse —como hace Amado Alonso— con el estrecho criterio positivista, corre, a su vez, el riesgo de llevar a un abstracto idealismo. En rigor, frente al positivismo, debe decirse que la experiencia humana es siempre por fuerza interpretativa y, por tanto, a la vez, espiritual; pero, frente al idealismo, diremos que la creación literaria no es sino un género de experiencia de vida, y que no cabe entenderla, aislándola de la integral experiencia del vivir humano, transmutada en una especie de ectoplásmica sustancia. En rigor no se dan «hechos» por sí significativos ni en la experiencia ni en el espíritu, sino en la radical vida humana, a la que hay por fuerza que referirse salvo hacer alquimia sin saberlo (9).

(9) Sobre el tema de la relación Historia y Literatura, y el persistente antagonismo entre un positivismo de los «hechos» y un idealismo del «espíritu» no menos inanes el uno que el otro, recomiendo al lector la carta XI de Ortega a Curtius («Epistolario», en *Revista de Occidente*, n.º 7, octubre 1963), en la que con no superada y radical novedad se sitúa el lugar propio al conocimiento más exacto de las cosas humanas. La fecundidad de la obra de Castro se orienta, a mi entender, en esa dirección, y las objeciones de sus críticos recaen habitualmente en un cientificismo o en un espiritualismo propios del pasado siglo y no se enteran de sus alcances, entreteniéndose en discutir lo que menos importa, y no se enfrentan propiamente con las perspectivas de sus libros. Así, por ejemplo, Manuel Fernández de Escalante, en su estudio «Concentración de poder y voluntarismo en la implantación del Estado moderno» (en *Anales de la Universidad Hispalense*, vol. XXVI, Sevilla, 1966), valioso por lo que hace al desarrollo de su tema titular, interpreta algunas tesis de Castro como nociones «estéticas» (p. 15), lo que muestra, a mi entender, su propia instalación en un racionalismo ingenuo, sin advertir que así como al realismo ingenuo siguió un realismo crítico, al racionalismo ingenuo le ha seguido un racionalismo crítico; es decir, consciente de las limitaciones de toda abstracción, inclusive las de la «Ciencia Política». Sobre el tema de la insólita mixtura eclesiásticomilitar de nuestra historia, que discute (nota 10), permítaseme señalar este ejemplo: Francisco Bertaut, en su *Diario de viaje de España* (redactado con ocasión de acompañar al mariscal de Grammont en su viaje a Madrid, en 1659), cuenta que asistió en

En fin, los «Cervantes» de Castro inquietan además nuestras propias visiones cervantinas y nos fuerzan a la gran delicia de repasar sus prodigiosas páginas, a acudir con nuestras incertidumbres a la estu-penda tertulia de sus personajes. Es lo que Castro describe tan acer-tadamente: «Perdura la obra excelsa gracias a su poder de hacernos convivirla como un hacerse en fluencia de esperanzas. Envejece, en cambio, lo concluso y definido, lo objetivado sin enlace con un vivir inseguro. Se agostan incluso los sistemas de pensamiento y las teorías científicas, mientras perduran los personajes literarios, los creados por el genio humano, no como entes sino como existentes. La ciencia puede ser útil, pero la suprema creación de arte es solamente convivi-ble. Don Quijote y quienes siguen sus pasos novelísticos [personajes de ficción o comentadores de sus andanzas], nos permiten frecuentarlos y penetrar en el dramático o cómico hacerse-deshacerse de sus vidas e incluso incorporarlos en el proceso de nuestro existir, también un no abarcable hacerse-deshacerse. Al contrario de eso, la literatura doctri-nal es una celada tendida al lector a fin de que se rinda y acepte un determinado modo de valorar y de conducirse en la vida» (*Hacia Cervantes*, p. 451). Un joven crítico, Umberto Eco, ha compuesto un reciente libro bajo el título de *Opera aperta* (Milano, 1962) en el que analiza el inacabamiento, el *non finito*, que, como el *palazzo* floren-tino, ofrecen las obras de arte contemporáneas. Pero ninguna tan ven-tilada y abierta como el *Quijote*; en sus páginas se respira el imprevi-sible vivir ajeno, podemos ir y venir por sus ambientes, como por la estancia oreada de *Las Meninas*, entrar y salir para volver porque la indefinida multiplicación de las perspectivas del relato lo hace, como

el alcázar madrileño a una representación teatral, que presenciaba la familia real al completo, en la que vio lo siguiente: «El principal personaje era un arzobispo de Toledo, que mandaba un ejército, y a fin de que no lo pudieran dudar, aparecía siempre en escena llevando sobre el roquete y la muceta una bandolera y una espada, además de las botas y las espuelas» (en *Viajes de extran-jeros por España y Portugal*, vol. II, Madrid, 1959, p. 564).

Varios recientes y notables estudios han venido a confirmar la fecundidad de las fuentes literarias para la comprensión histórica de la trama de la vida española: *El mundo social de «La Celestina»* (Madrid, 1964), por José Antonio Maravall; *La Campagne de Nouvelle Castille a la fin du XVI siècle* (Paris, 1964), por Noël Salomon, trabajo oriundo en sus *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega* (Bordeaux, 1965); y *Répercussions du souci de la pureté de sang sur la conception de l'honneur dans la Comedia Nueva espagnole* (Leiden, 1966), por A. A. Beysterveldt, quien escribe oportunamente: «Nous croyons que l'examen d'un phénomène littéraire a plus de chances d'aboutir a des résultats réels, si l'on s'efforce de rendre plus solides, non pas le lien qui rattache l'oeuvre à l'homme qui l'a créé, mais les rapports de cette création avec l'époque, du fond de laquelle nous est parvenue» (p. 3). Pues ciertamente, la literatura, igual que la política, la economía, la estética, la religión y cualesquiera otra de las estructuras de una sociedad son formas diversas de la vida humana, cuyo interno argumento—proyectos, logros y frus-traciones—es la sustancia de la historia y accidentes de ella todas sus demás significaciones.

la vida misma, inagotable. Las páginas de Castro sobre Cervantes, hoy como ayer, con renovados métodos, contienen lecciones magistrales sobre tan huidizas evidencias, porque son fieles, como él dice, a su «preocupación por presentar los hechos, los referidos en libros y documentos, *habitados* por la vida de quienes hacen los hechos» (10).

(10) En *De la edad conflictiva*, 2.^a edición, Madrid, 1963, p. 48. En un posterior estudio cervantino, «El "Quijote", taller de existencialidad» (*Revista de Occidente*, n.º 53, julio 1967), Américo Castro ha insistido en el autobiografismo de las creaciones de Cervantes y, concretamente, en relación a los sucesos que dieron lugar a la leyenda del Sacro Monte granadino. Hallo este otro rastro literario de aquella famosa superchería: Cristóbal Suárez de Figueroa, en *El pasajero* (1617), hace decir al Doctor—uno de sus personajes—que en Granada «Fueron a una fiesta al Monte Sacro, obra insigne de aquel heroico prelado para cuyo tiempo reservó el cielo el descubrimiento de tan inestimable tesoro» (edición de F. Rodríguez Marín, Madrid, 1913, p. 265). La notoriedad del hallazgo de las reliquias hallaba también eco en otros «novelistas», aunque de muy diverso modo que en Cervantes. La resonancia de los sucesos, atizada por la simpleza del «heroico prelado»—el arzobispo don Pedro de Castro—, fue amplísima y hasta una mente tan sagaz como el P. Francisco Suárez tuvo que escribir largamente sobre tal mohatra (véase en *El P. Francisco Suárez*, por el P. RAUL DE SCORRAILLE, S. I., Barcelona, 1917, vol. I, pp. 133 y 227).

Otro tema, de mayor sustancia, en el que igualmente insiste Castro, es el «progresismo» que animó inicialmente a la Orden ignaciana (que tenía el privilegio de que ninguno de sus miembros entrase al servicio del Santo Oficio—Miguel de la Pinta Llorente, *Crítica y humanismo*, Madrid 1966, p. 117—) y su huella en Cervantes; huella que, por cierto, igualmente aparece en Mateo Alemán, según mostrará Claudio Guillén en un estudio que sobre el tema prepara: Alemán elogia a los jesuitas en el prólogo a la *Vida del Padre Maestro Ignacio de Loyola* (Méjico, 1609), por LUIS BELMONTE BERMÚDEZ, y en su *Ortografía castellana* (de 1609, edición del Colegio de México, 1950, p. 77) afirma que «pudiéramos decir con verdad haber sido [los jesuitas] instrumento por quien florecen hoy los ingenios». Un ponderado estudio que ilumina sobre esa tendencia jesuita—hasta que la Orden, tras gobernarse por cuatro generales españoles, es regentada por el luxemburgués Everardo Mercurian en 1573, y aun después en las provincias españolas—es el reciente libro de RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, *Loyola y Erasmo* (Madrid, 1965). Su autor, jesuita, comentando el *Index de Paulo IV*, con cuyo pontificado cambia tan radicalmente el rumbo de la Iglesia Romana, escribe: «Desgraciadamente este *Index* [de 1559] resultó tan cruelmente riguroso que fue la desesperación de los libreros, de los bibliógrafos, de los doctos que poseían ricas bibliotecas, porque se veían obligados, bajo pena de excomunión, a deshacerse de libros estimadísimos y preciosísimos, muchos de los cuales no contenían absolutamente nada contra la fe ni contra las buenas costumbres. ¡Cuántos eruditos, antes que entregar o quemar sus amados volúmenes, prefirieron renunciar a los sacramentos de la Iglesia, hasta que viniese otro para que hiciese un Índice más mitigado! ¡Y cuántos tesoros bibliográficos ardieron miserablemente en las hogueras de 1559!» (p. 256). A la extensión desmedida de la nómina de ese *Index* se opuso cuanto pudo Diego Laínez, como general de la Compañía (p. 254). Lo cual significa, y por ello lo recuerdo, que la afición al «brasero»—como diría Cervantes—no respondía tanto al supuesto «espíritu de la época», comodín usado con demasiada frecuencia para disculpar ferocidades, sino a que el mando suele recaer en manos miserables, lo que lleva el problema a otras perspectivas menos fáciles de interpretar; y también significa, por otra parte, que no todos los españoles han sido siempre tan excéntricos europeos como pretenden los interesados en mantener la «tibetanización» de nuestro desventurado país. Véase, por ejemplo, el expresivo cap. III, «Dificultades doctrinales de la Compañía en España», del libro antes citado del P. Raul de Scorraille.

PAULINO GARAGORRI
Marqués del Riscal, 9
MADRID